

llo de estas labores apostólicas possibilitó también la formación de los miembros de la Obra en dos sentidos. En uno directo: quienes fueron trabajando en estas primeras labores apostólicas de enseñanza media y universitaria adquirieron la ciencia y experiencia correspondiente. En otro indirecto: la generalidad de los miembros del Opus Dei pudieron comprobar –y en cierto sentido se les abrieron los ojos– la variedad de proyectos que podían emprender con ayuda de otras personas, incluso no católicas o no cristianas, y cómo en muchos de ellos simplemente habían de asumir la responsabilidad de su impulso por el hecho de ser padres, madres, profesores o líderes sociales por algún concepto.

A lo largo de los años sesenta se asentaron estas labores apostólicas y se iniciaron algunas semejantes; pero la novedad fue que fieles del Opus Dei, por iniciativa y con responsabilidad propia, aunque animados en su empeño por san Josemaría, suscitaron nuevas tareas educativas. Un grupo de ellas han tenido y tienen una importancia destacada y una enorme amplitud en la promoción social y educativa de los ambientes rurales españoles: las Escuelas Familiares Agrarias (EFAs). Otras constituyeron una novedad radical que puso en planta un aspecto de la doctrina de la Iglesia: la responsabilidad de los padres en la educación cristiana de sus hijos y su consiguiente derecho a promover directamente centros educativos que lo aseguraran. La red de colegios de Fomento de Centros de Enseñanza fue su primera concreción. La madurez de los miembros de la Obra que pusieron en marcha estas iniciativas se reflejaba en que eran totalmente responsables de todos sus aspectos técnicos, económicos, jurídicos, etc. El Opus Dei institucionalmente sólo atendía a la orientación y atención espiritual de éstas, mediante el nombramiento de capellanes.

Hasta 1975, cada una de estas labores se fue desarrollando al compás de las necesidades y de las iniciativas de los di-

rectores y de los miembros de la Obra, en muchos casos explícitamente animados por san Josemaría. Él subió con decisión a la barca en la que se montaron luego quienes compartían sus afanes apostólicos; les marcó el rumbo (*Duc in altum*) y les enseñó a navegar. Sus hijos intentan ahora mantenerlo y trabajar con el garbo que les transmitió.

Voces relacionadas: Organización y gobierno del Opus Dei; Universidad de Navarra; Viajes apostólicos.

Bibliografía: AVP, *passim*; José ASENJO SEDANO, *Una siembra fecunda. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei de las gentes del campo andaluz y extremeño*, Sevilla, Confederación de EFAs de Andalucía y Extremadura, 2002; John F. COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002; Francisco PONZ, “Principios fundacionales de la Universidad de Navarra”, CCEDEJ, V (2001), pp. 23-65; Ismael SÁNCHEZ BELLA, “Recuerdos sobre el comienzo de una gran aventura”, CCEDEJ, V (2001), pp. 15-22; Antonio VALERO, “Los comienzos del IESE: el impulso del Beato Josemaría”, CCEDEJ, V (2001), pp. 139-151.

Julio MONTERO

ESPERANZA

1. La esperanza en la vida de san Josemaría.
2. Esperanza teologal, experiencia vivida de la gracia de Dios y esperanza humana.
3. La esperanza cristiana, una realidad auténticamente humana.
4. La fuerza de la esperanza teologal no es compatible con la pasividad y la evasión irresponsable.
5. La lucha ascética cristiana, manifestación de la virtud de la esperanza.
6. El apostolado cristiano, fruto de la esperanza.
7. Conclusión: la esperanza cristiana y la llamada universal a la santidad.

La virtud teologal de la esperanza, básica en todo cristiano, lo fue también en la vida y en la enseñanza de san Josemaría. En 1934, escribió en *Consideraciones*

espirituales: “Espéralo todo de Jesús: tú no tienes nada, no vales nada, no puedes nada. –Él obrará, si en Él te abandonas” (p. 67; C, 731). Esa convicción fundamental permaneció, e incluso se robusteció, a lo largo de los años. Al comienzo de su homilía *La esperanza del cristiano*, publicada en *Amigos de Dios*, san Josemaría vuelve a las palabras de 1934 y las completa con dos consideraciones significativas. La *primera* es autobiográfica: aquellas palabras habían sido escritas “con un convencimiento que se acrecentaba de día en día (...). Ha pasado el tiempo, y aquella convicción mía se ha hecho aún más robusta, más honda” (AD, 205). La *segunda* es apostólica y eclesial: “He visto, en muchas vidas, que la esperanza en Dios enciende maravillosas hogueras de amor, con un fuego que mantiene palpitante el corazón, sin desánimos, sin decaimientos, aunque a lo largo del camino se sufra, y a veces se sufra de veras” (*ibidem*).

1. La esperanza en la vida de san Josemaría

La afirmación “espéralo todo de Jesús...” no era para el fundador del Opus Dei un punto de partida teórico, sino un punto de llegada: una *convicción* consolidada tanto en referencia a la propia vida como a la del Opus Dei y a la de la Iglesia entera: una convicción vivida, más que deducida, con origen en la gracia de Dios. El fundador del Opus Dei no habla de la esperanza *cristiana* como de una virtud considerada en abstracto; habla de la esperanza *del cristiano*, la que se vive día a día: “Cuando hables de las virtudes teológicas, de la fe, de la esperanza, del amor, piensa que antes que para teorizar, son virtudes para vivir” (F, 479). La esperanza es cualificada como «teologal» porque la unión plena y eterna con Dios es su «objeto formal *quod*», es decir, aquello que se espera, y Dios omnipotente y misericordioso, su «objeto formal *quo*», o sea, la razón por la que se espera. Y lo es porque Dios

mismo actúa directamente en el hombre que espera, incitándole a dar pasos, motivándole interiormente, haciéndole superar los obstáculos, el pecado, la angustia, el vacío. Esta *convicción* de san Josemaría, personal y eclesial a la vez, puede considerarse, por lo tanto, como lugar teológico, ámbito válido para la reflexión cristiana. Porque los santos no sólo transmiten una doctrina, sino que es su vida la que hace que tome cuerpo la doctrina, y en ese sentido la reproduce.

La riqueza y la profunda resonancia humana de las expresiones de san Josemaría sobre la acción de Dios por medio de la virtud de la esperanza son notables. Habla de ella calificándola de “convicción”, de “seguridad”, de “suave don de Dios”, de “deseo por el que nos sostenemos” (ECP, 3); de una realidad hecha de fuego, de calor, de amor, del apretar “esa mano fuerte que Dios nos tiende sin cesar” (AD, 213); de una seguridad y una confianza que Dios pone en nosotros (cfr. AD, 214); de una protección divina que “se toca con las manos” (AD, 216), y trae consigo la “seguridad de sentirme –de saberme– hijo de Dios” (AD, 208), y la de saber que “Dios nos gobierna con su providente omnipotencia, que nos da los medios necesarios” (AD, 218); de un don divino que engendra la alegría sobrenatural, siendo como un auténtico “anticipo del amor interminable en nuestra definitiva Patria” (AD, 278), que espera nuestra llegada y en el que resuena la llamada definitiva: «ven a la casa de tu Padre».

La reflexión de san Josemaría es fruto de la experiencia vivida de la gracia de Dios en medio de las circunstancias cotidianas: a partir de esa experiencia, con una lectura meditada y personalmente interiorizada de la Palabra de Dios, el significado y la inagotable riqueza de esa palabra viva y vivificante que lleva a la total confianza en Dios, es descubierto y redescubierto, profundizado y continuamente confirmado.

2. Esperanza teologal, experiencia vivida de la gracia de Dios y esperanza humana

La esperanza es, en primer lugar, fruto de la experiencia de la gracia de Dios, pues el cristiano debe, sobre todo, dirigir la mirada hacia el cielo, porque sólo allí “nos *aguarda* el Amor infinito” (AD, 206). Por eso “un cristiano sincero, coherente con su fe, no actúa más que cara a Dios, con visión sobrenatural; trabaja en este mundo, al que ama apasionadamente, metido en los afanes de la tierra, con la mirada en el Cielo” (AD, 206). En repetidas ocasiones, el fundador del Opus Dei explica que el objeto y el motivo de nuestra esperanza sólo puede ser Dios mismo (cfr. AD, 211, 219, 220).

También subraya san Josemaría que la alternativa a la vida cristiana empapada de esperanza no sería una existencia meramente humana o neutra; sería más bien una «vida animal», a ras de tierra, aun en el caso de que el hombre consiguiera llevar una existencia “más o menos humanamente ilustrada” (AD, 206). San Josemaría reconoce la legitimidad de esperanzas concretas, referidas a objetivos limitados (completar un trabajo, alcanzar una determinada meta, etc.), pero describe con dolor y sensibilidad la situación patética y desesperada de las personas que intentan, quizás con grandes esfuerzos, vivir una vida de esperanza sin Dios. “Me siento siempre movido a respetar, e incluso a admirar la tenacidad de quien trabaja decididamente por un ideal limpio. Sin embargo, considero una obligación mía recordar que todo lo que iniciamos aquí, si es empresa exclusivamente nuestra, nace con el sello de la caducidad” (AD, 208; cfr. AD, 209). Por eso, concluye, “quizá no exista nada más trágico en la vida de los hombres que los engaños padecidos por la corrupción o por la falsificación de la esperanza, presentada con una perspectiva que no tiene como objeto el Amor que sacia sin saciar” (AD, 208).

La lectura de estos textos podría hacer pensar que el autor está describiendo una experiencia de la gracia divina de carácter vertical o desencarnado, como si el único protagonista de la vida cristiana fuera Dios mismo, que se ocupa de ahorrarnos el esfuerzo, la energía, el empeño inteligente y perseverante, la solidaridad constante, de modo que el hombre debe dejarse llevar pasivamente por la gracia. Podría parecer, en breve, que el dinamismo propio de la virtud de la esperanza, descrito por san Josemaría, reviste tanto un carácter de excepcionalidad como una fundamental falta de articulación con la realidad humana, es decir, con lo cotidiano, con la tarea humana de construir un mundo mejor, con las “esperanzas terrenas” (AD, 207), o “pequeñas” de las que habla Benedicto XVI en la *Cart. Enc. Spe salvi* (nn. 30, 31, 35, 39). Pero no es así.

Para mostrar con detalle la humanidad de la esperanza, y captar a la vez la naturaleza teológica de la reflexión sobre esta virtud, conviene analizar la doctrina de san Josemaría desde una doble perspectiva: eclesial y antropológica. Ambas se encuentran profundamente radicadas en la reflexión teológica de san Josemaría sobre la virtud de la esperanza. Este hecho se comprueba a través de los cuatro pasos que veremos a continuación. En primer lugar, la vida cristiana, con el impulso de la virtud teologal de la esperanza, se configura como una realidad plenamente humana que puede aflorar en todas las situaciones, por limitadas y coyunturales que éstas sean. En segundo, la fuerza de la esperanza teologal no elimina el empeño humano; se opone, por lo tanto, a la pasividad y a la evasión irresponsable. En tercer lugar, la expresión más justa de la concreta vitalidad de la virtud de la esperanza es la lucha ascética cristiana vivida a fondo. En fin, la esperanza cristiana se concreta en el apostolado cristiano.

3. La esperanza cristiana, una realidad auténticamente humana

Hablando de la relación entre las esperanzas terrenas y la esperanza cristiana, el fundador del Opus Dei se dirige personalmente al lector en un párrafo rico y denso: “A mí, y deseo que a vosotros os ocurra lo mismo, la seguridad de sentirme –de saberme– hijo de Dios me llena de verdadera esperanza que, por ser virtud sobrenatural, al infundirse en las criaturas se acomoda a nuestra naturaleza, y es también virtud muy humana (...). Esta convicción me incita a comprender que sólo lo que está marcado con la huella de Dios revela la señal indeleble de la eternidad, y su valor es imperecedero. Por esto, la esperanza no me separa de las cosas de esta tierra, sino que me acerca a esas realidades de un modo nuevo, cristiano, que trata de descubrir en todo la relación de la naturaleza, caída, con Dios Creador y con Dios Redentor” (AD, 208).

Es decir, el cristiano, por ser hijo de Dios, ve y considera la entera realidad que le rodea a la luz de la acción creadora del Padre, de la acción redentora del Hijo, de la acción santificadora del Espíritu Santo. El cristiano, precisamente porque lo espera todo de Dios y sólo de Él, no deja de «esperar» en las cosas y de las cosas que Él ha creado; no deja de esperar en el hombre ni siquiera cuando éste aparece ante sus ojos como poco fiable –como pecador–, porque se da cuenta de que Cristo ha vencido al mundo. San Josemaría insiste en este ímpetu intensamente humano de la esperanza cristiana en muchos textos. “«Es tiempo de esperanza, y vivo de este tesoro. No es una frase, Padre –me dices–, es una realidad». Entonces..., el mundo entero, todos los valores humanos que te atraen con una fuerza enorme –amistad, arte, ciencia, filosofía, teología, deporte, naturaleza, cultura, almas...–, todo eso depositalo en la esperanza: en la esperanza de Cristo” (S, 293; cfr. AD, 221).

Por esta razón el fundador del Opus Dei comprende teológicamente el *optimis-*

mo como manifestación genuina de una esperanza cristiana proyectada sobre las cosas humanas con el objeto de remover los obstáculos que se oponen al progreso terreno (cfr. AD, 219). Lo mismo dice san Josemaría en la homilía sobre la Ascensión del Señor: “No tengo vocación de profeta de desgracias. No deseo con mis palabras presentaros un panorama desolador, sin esperanza. No pretendo quejarme de estos tiempos, en los que vivimos por providencia del Señor. Amamos esta época nuestra, porque es el ámbito en el que hemos de lograr nuestra personal santificación. No admitimos nostalgias ingenuas y estériles: el mundo no ha estado nunca mejor. Desde siempre, desde la cuna de la Iglesia, cuando aún se escuchaba la predicación de los primeros doce, surgieron ya violentas las persecuciones, comenzaron las herejías, se propaló la mentira y se desencadenó el odio” (ECP, 123).

4. La fuerza de la esperanza teológica no es compatible con la pasividad y la evasión irresponsable

San Josemaría critica la falsificación de la esperanza que consiste en asumir un horizonte meramente humano o mundano de la vida, pero hay otro modo de considerar la esperanza también incompatible con la doctrina cristiana: una visión falsa y despreocupada o irresponsable de la «confianza» en Dios. La esperanza, según esta visión, sería una coartada para justificar el egoísmo sutil, la fantasía que desea escapar del momento presente, la indolencia, la comodidad, la superficialidad, la evasión de la concreta realidad humana y cristiana. “Con monótona cadencia sale de la boca de muchos el *ritornello*, ya tan manido, de que *la esperanza es lo último que se pierde*; como si la esperanza fuera un asidero para seguir deambulando sin complicaciones, sin inquietudes de conciencia; o como si fuera un expediente que permite aplazar *sine die* la oportuna rectificación de la conducta, la lucha para alcanzar me-

tas nobles y, sobre todo, el fin supremo de unirnos con Dios. Yo diría que ése es el camino para confundir la esperanza con la comodidad. En el fondo, no hay ansias de conseguir un verdadero bien, ni espiritual, ni material legítimo; la pretensión más alta de algunos se reduce a esquivar lo que podría alterar la tranquilidad –aparente– de una existencia mediocre. Con un alma tímida, encogida, perezosa, la criatura se llena de sutiles egoísmos y se conforma con que los días, los años, transcurran *sine spe nec metu*, sin aspiraciones que exijan esfuerzos, sin las zozobras de la pelea: lo que importa es evitar el riesgo del desaire y de las lágrimas. ¡Qué lejos se está de obtener algo, si se ha malogrado el deseo de poseerlo, por temor a las exigencias que su conquista comporta!” (AD, 207; cfr. AD, 211, 217; C, 412; F, 57).

Es evidente que la invitación cristiana, reiterada con fuerza por san Josemaría, a un espíritu de gratitud y confianza en Dios como fruto de la virtud de la esperanza, no excluye el esfuerzo inteligente, solidario, realista, adecuado a una concreta situación histórica del cristiano. La paradoja y la riqueza principal de la reflexión de san Josemaría sobre la esperanza están precisamente en la correspondencia exacta entre la acción divina propia de esta virtud y la lucha esforzada del cristiano. Cuando no hay lucha, se puede decir que no hay santidad, no porque la santidad sea un *producto* de la lucha ascética, sino porque la lucha ascética *cristiana* es expresión tangible de la concreta y generosa acogida de la gracia de Dios.

5. La lucha ascética cristiana, manifestación de la virtud de la esperanza

A veces se piensa que la gracia de Dios sirve para simplificar la vida humana, para ahorrar al hombre el uso inteligente y perseverante de sus fuerzas, para rellenar las lagunas y deficiencias de su debilidad o incompetencia. Sólo un planteamiento de este tipo, se dice, permitiría la afirmación

de la plena gratuidad de la gracia divina y podría conducir a la confianza en Dios. Sin embargo es evidente para san Josemaría que la gracia de Dios no ahorra el empleo de las energías humanas, sino más bien al revés, induce a la auténtica lucha ascética, “complicando la vida” del cristiano, como muchas veces recordó (cfr. AD, 21, 207, 223; ECP, 19; C, 6; F, 900, 901). En otras palabras, la confianza humana en Dios y en su gracia se refleja precisamente en una perseverante y práctica lucha ascética.

El riquísimo entrelazarse entre la gracia divina y la respuesta humana generosa, humilde, comprometida e inteligente, se encuentra en la misma médula de los escritos del fundador del Opus Dei. Se puede decir que sus enseñanzas al respecto presuponen dos realidades complementarias. La primera, la acción de Dios por medio de la gracia que induce al hombre a la lucha perseverante por superar los obstáculos que se oponen a una vida cristiana. Y la segunda, la libre y personal respuesta del hombre a esta gracia, que se manifiesta como lucha ascética concreta y habitual. En todo caso, tres son las manifestaciones prácticas principales de esta reciprocidad entre la virtud de la esperanza y la lucha cristiana.

a) Sin una correspondencia a la gracia, la acción de Dios en el hombre es ineficaz

Muchos textos de la homilía *La esperanza del cristiano* exponen la convicción de que, con nuestra respuesta personal, el Señor “obra en nosotros y por medio de nosotros”, infundiendo seguridad en nuestra alma, de modo que las dificultades objetivas que nos obligan a luchar no son *obstáculo*, sino *condición* para el desarrollo de la vida cristiana, porque nos ofrecen la posibilidad de seguir de cerca a Cristo; por el contrario, cuando no hay una lucha concreta se pierden el sentido y el frescor de la esperanza (cfr. AD, 210, 211, 212, 214, 216).

b) *En el ejercicio concreto de la lucha ascética se pone confiadamente la mirada en Dios*

El cristiano se esfuerza en una lucha práctica y perseverante, en una lucha gozosa, positiva, enamorada, que se manifiesta en el concreto ejercicio de las virtudes humanas, en el cumplimiento del deber, en la caridad con quienes le rodean. Sin embargo, lo hace siempre “por Dios, con el pensamiento en su gloria, con la mirada alta, anhelando la Patria definitiva”. Se comprueba esta idea en los varios pasajes de la homilía *La esperanza del cristiano*: “Por eso, me convenceré de que tus intenciones para alcanzar la meta son sinceras, si te veo marchar con determinación. Obra el bien, revisando tus actitudes ordinarias ante la ocupación de cada instante; practica la justicia, precisamente en los ámbitos que frecuentas, aunque te doubles por la fatiga; fomenta la felicidad de los que te rodean, sirviendo a los otros con alegría en el lugar de tu trabajo, con esfuerzo para acabarlo con la mayor perfección posible, con tu comprensión, con tu sonrisa, con tu actitud cristiana. Y todo, por Dios, con el pensamiento en su gloria, con la mirada alta, anhelando la Patria definitiva, que sólo ese fin merece la pena” (AD, 211; cfr. AD, 217, 219).

Hay en la lucha ascética, por tanto, una confianza filial basada en las promesas del mismo Dios, una confianza no abstracta u ocasional, sino ejercitada “con la mirada alta”, también en los momentos de mayor cansancio. Y es esta confianza lo que da fuerza, lo que da la auténtica fortaleza divina (cfr. AD, 213, 214, 218; C, 473).

c) *La lucha ascética, con su característico «comenzar y recomenzar», tan propio de la virtud de la esperanza, se traduce en humildad, en conversión y en penitencia*

Son muchos los textos del fundador del Opus Dei que exponen este principio. Por ejemplo: “En las batallas del alma, la

estrategia muchas veces es cuestión de tiempo, de aplicar el remedio conveniente, con paciencia, con tozudez. Aumentad los actos de esperanza. Os recuerdo que sufriréis derrotas, o que pasaréis por altibajos –Dios permita que sean imperceptibles– en vuestra vida interior, porque nadie anda libre de esos percances. Pero el Señor, que es omnipotente y misericordioso, nos ha concedido los medios idóneos para vencer. Basta que los empleemos, como os comentaba antes, con la resolución de comenzar y recomenzar en cada momento, si fuera preciso” (AD, 219; cfr. AD, 215, 217; F, 222 ss.).

Por último, un aspecto central de la lucha cristiana descrita en estas enseñanzas es la conversión, la penitencia, y consecuentemente la recepción asidua del sacramento de la Reconciliación, fuente de alegría y fruto del don de la esperanza, don que el Señor nos concede cada vez con mayor abundancia. Hablando del sacramento de la Penitencia dice san Josemaría: “Utilizando estos recursos, con buena voluntad, y rogando al Señor que nos otorgue una esperanza cada día más grande, poseeremos la alegría contagiosa de los que se saben hijos de Dios (...). Optimismo, por lo tanto. Movidos por la fuerza de la esperanza, lucharemos para borrar la mancha viscosa que extienden los sembradores del odio, y redescubriremos el mundo con una perspectiva gozosa, porque ha salido hermoso y limpio de las manos de Dios, y así de bello lo restituiremos a Él, si aprendemos a arrepentirnos” (AD, 219).

6. El apostolado cristiano, fruto de la esperanza

La esperanza se expresa en un modo particular en el empeño apostólico del cristiano. En un pasaje de su homilía sobre la esperanza titulado “En qué esperar”, san Josemaría comienza haciéndose una pregunta: “Quizá más de uno se pregunte: los cristianos, ¿en qué debemos esperar?, porque el mundo nos ofrece muchos bie-

nes, apetecibles para este corazón nuestro, que reclama felicidad y persigue con ansias el amor (...). Por desgracia, algunos, con una visión digna pero chata, con ideales exclusivamente caducos y fugaces, olvidan que los anhelos del cristiano se han de orientar hacia cumbres más elevadas: infinitas. Nos interesa el Amor mismo de Dios, gozarlo plenamente, con un gozo sin fin (...). No nos ha creado el Señor para construir aquí una Ciudad definitiva, porque este mundo es el camino para el otro, que es morada sin pesar. Sin embargo, los hijos de Dios no debemos desentendernos de las actividades terrenas, en las que nos coloca Dios para santificarlas, para impregnarlas de nuestra fe bendita, la única que trae verdadera paz, alegría auténtica a las almas y a los distintos ambientes. Ésta ha sido mi predicación constante desde 1928: urge cristianizar la sociedad; llevar a todos los estratos de esta humanidad nuestra el sentido sobrenatural, de modo que unos y otros nos empeñemos en elevar al orden de la gracia el quehacer diario, la profesión u oficio. De esta forma, todas las ocupaciones humanas se iluminan con una esperanza nueva, que trasciende el tiempo y la caducidad de lo mundano” (AD, 209-210).

“Y las almas –afirma en otra de sus homilías– nos miran con la esperanza de saciar su hambre, que es hambre de Dios. No es posible olvidar que contamos con todos los medios: con la doctrina suficiente y con la gracia del Señor, a pesar de nuestra miserias” (AD, 51). Y en una tercera homilía, destinada a hablar de la participación de todo cristiano en la misión confiada por Cristo a la Iglesia, concluye con estas palabras: “Pídele a María, *Regina apostolorum*, que te decidas a ser partícipe de esos deseos de siembra y de pesca, que laten en el Corazón de su Hijo. Te aseguro que, si empiezas, verás, como los pescadores de Galilea, repleta la barca. Y a Cristo en la orilla, que te espera. Porque la pesca es suya” (AD, 273).

7. Conclusión: la esperanza cristiana y la llamada universal a la santidad

El ejercicio de la virtud teologal de la esperanza ha de considerarse esencial en el conjunto de la reflexión teológica y espiritual de san Josemaría. Basta pensar en su infatigable predicación, a lo largo de toda su vida, sobre la llamada universal a la santidad. Cuando se afirma, como ha hecho el Concilio Vaticano II, que la llamada a la santidad es efectivamente universal, se está proclamando: 1) que la realidad humana o creada inclina el hombre hacia Dios y prepara el camino hacia la esperanza teologal, y 2) al mismo tiempo, que ninguna realidad creada puede obstaculizar o condicionar seriamente el despliegue de la bondad omnipotente de Dios, empeñada en llevar a sus hijos a la plenitud de la santidad en Cristo. En consecuencia, el cristiano puede y debe esperar de Dios la gracia, la abundancia de sus dones, no –por así decirlo– a pesar de sus propias limitaciones interiores y de los obstáculos exteriores, sino *en y por medio de* todas las vicisitudes y circunstancias de su concreta existencia.

Voces relacionadas: Caridad; Fe; Lucha ascética; Santidad.

Bibliografía: AD, 205-221; Paul O'CALLAGHAN, “La virtud de la esperanza y la ascética cristiana en algunos escritos del Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 23 (1996), pp. 262-279; José Luis ILLANES, *Cristo, esperanza del mundo. Reflexiones sobre la Encíclica “Spe salvi”*, Madrid, Rialp, 2011; José Miguel PERO-SANZ ELORZ, “Esperanza cristiana y liberación temporal en el beato Josemaría Escrivá”, en José Miguel PERO-SANZ ELORZ - Jean-Marie AUBERT - Tomás GUTIÉRREZ CALZADA (eds.), *Acción Social del cristiano. El Beato Josemaría Escrivá y la Doctrina Social de la Iglesia*, Madrid, Palabra, 1996, pp. 9-83.

Paul O'CALLAGHAN

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.